

mapes, el de ser destruído. Estaba arreglada la acción para la gloria de los orleanistas. Dumouriez preparaba á Valence el honor de dar un golpe de efecto.

Del mismo modo que en Jemmapes Thouvenet vencedor auxilió á Orleans y salvó después á Dampierre, Valence, vencedor en Neerwinde, marchó después al centro con Igualdad y ambos salvaron lo que quedaba de Miranda, si había algún resto. Esta vez el pretendiente apareció hasta el fin como un hombre providencial y Dumouriez escribió que por la segunda vez el joven Orleans había salvado á la Francia.

En los dos campos se conoció la intención de Dumouriez: *asegurar una victoria al príncipe*. Dumouriez trabajaba por cuenta del duque de Orleans; Cobourg por la del príncipe Carlos; éste, sin embargo, desde los veinte años de edad comenzó á ser reputado como el primer general del imperio.

El informe de Dumouriez, en el que se ve el intento de oscurecerlo todo, excepto lo que se relaciona con el príncipe, ha sido aceptado por Jomini. Y el resto no ha hecho otra cosa más que copiar á Jomini. Sin embargo, una parte de este informe ha quedado nula, desmentida completamente: 1.º por las órdenes escritas que dió el mismo Dumouriez; 2.º por Miranda, hombre honrado cuya palabra valía mucho más que la de Dumouriez; 3.º por un testigo imparcial, el general austriaco Cobourg, que en su informe está de acuerdo con Miranda.

Con razón Servant y Grinoard, los mejores jueces militares de la época, prefirieron el informe de Miranda al de Dumouriez, insostenible, contradictorio, en el que se equivoca (voluntariamente) acerca de los nombres, las horas, las fechas, los lugares y las personas.

Dumouriez dice que su derecha avanzó sobre Neerwinde y que esta población perdida y reconquistada quedó en su poder por la noche. Cobourg afirma lo contrario. Lo que es seguro es que la izquierda de Miranda fué aplastada. Perdió cerca de dos mil hombres en obstinados ataques que duraron cerca de siete horas. El príncipe Carlos venció por fin. Sus granaderos avanzaron y por una calzada pretendieron rodear á los franceses, que retrocedieron en desorden. No había medio que los detuviera.

Sobre esto se abre un debate entre Dumouriez y Miranda: «Miranda me debió advertir lo que ocurría» dice el primero. Miranda afirma que lo advirtió. Demostró por medio de testigos ante el tribunal revolucionario que envió un expreso al general Dumouriez. Este mensajero ¿pudo llegar? Dumouriez decía que había cesado el fuego. Y si él era dueño de Neerwinde y vencedor de la derecha, ¿cómo no acudió en socorro de la izquierda cuando observó la situación de la columna? Pero no, Dumouriez no era dueño de Neerwinde. Fué afortunado al encontrar á Miranda para arrojar sobre él la pérdida de la batalla. Se perdió á izquierda, pero no se ganó á derecha.

Miranda, á quien Dumouriez acusa de haber perdido su «espíritu

guerrero», cubrió la retirada perfectamente, el día 22, en Pellemberg, sosteniendo durante todo un día el poderoso esfuerzo del enemigo, superior en número, pero enormemente.

Dumouriez en esta retirada encontró á Danton que iba á pedirle la retractación de la carta. No se retractó. Escribió cuatro líneas rogando á la Convención que esperase á que él pudiera explicar su carta. Danton regresó después que Dumouriez hubo hecho un arreglo con el coronel Mack, enviado de los austriacos. El mismo Dumouriez, bajo el pretexto de canje de prisioneros, llamó á un delegado del ejército enemigo. Se convino en que los franceses retrocederían *á su capricho*, sin batirse, de suerte que los austriacos podrían cubrir sin un disparo todos los Países Bajos (22 de Marzo).

Los austriacos no le dieron ningún documento escrito. Dumouriez convino estos acuerdos con el coronel Mack, pero verbalmente. De este modo se comprometía él sin comprometer al general Cobourg.

Mack y Dumouriez, reunidos en conferencia con el duque de Orleans, Valence, Thouvenot y Montjoie, acordaron: *Que los imperiales obrarían como auxiliares de Dumouriez* y éste marcharía sobre París; que si no podía constituir la monarquía constitucional, llamaría en auxilio á los imperiales, de quienes sería general; que no *creyendo suficiente recompensa la evacuación de Bélgica daría á los austriacos una plaza, Condé*. ¡Una plaza para comenzar! No se contaban desde luego las que podía conquistar en su cruzada en favor de nuestras libertades, formando ejércitos mixtos de austriacos y franceses.

En este tratado falta una cláusula: «¿Quién será este rey constitucional?» ¿El niño prisionero del Temple ó el duque de Orleans que conducía á París á los austriacos?

Danton había partido de París el día 16 y regresó el 29 á las ocho de la noche. Durante este corto período todo había cambiado. Nadie ó casi nadie dudó de la traición de Dumouriez, sin embargo de no tenerse ninguna prueba; aun no se conocía el convenio celebrado entre él y el coronel Mack.

Sin embargo, el buen sentido del pueblo patentizó la traición.

Su papel de mensajero cerca de un hombre tan sospechoso encerraba grandes peligros para Danton.

El fué quien aconsejó lo de enviar mensajeros á Dumouriez. El mismo había ido. ¿Todo esto no era un caso de alta traición? Danton se jugó la cabeza. Era de temer que sus cómplices, es decir, los individuos del comité, comprometidos por él, pidieran la cabeza de Danton para salvar la suya.

¿A Danton le amenazaría la Gironda? Esto era muy dudoso. La Gironda no era ya un partido, y por lo mismo no se podían esperar actos políticos de los que realizan en su apogeo los partidos.

El día 1.º de Abril en un periódico de Brissot aun se elogia al general Dumouriez, y en la Asamblea otro girondino, Lasource, acusa con

violencia á Dumouriez y á su cómplice Danton. Los amigos de Roland estaban exasperados.

El comité de vigilancia había decretado el arresto de Igualdad, padre é hijo, ordenando además que los documentos de Roland fuesen sellados judicialmente. Los amigos de Roland creyeron ver en esto la mano de Danton, de un hombre que al hundirse se agarra á otro y lo arrastra.

¿Se equivocaban? No se sabe. Lo cierto es que al día siguiente el girondino Lasource saludó á Danton con un ataque feroz, inaudito, po-



LEPELLETIER SAINT-FARGEAU

niendo en la palabra el odio mortal y la rabia que se pueda sentir contra el más grande enemigo.

Lasource era hombre de naturaleza violenta, exaltado, bilioso. El Languedoc protestante envió á la Convención muchos de sus pastores de análogas condiciones.

¿Quién puede asegurar que Lasource fuera menos áspero que Saint-André? Eran caracteres propios del país, y su historia, las persecuciones de que fueron víctimas contribuyó á que su carácter se agriara. En la Convención rogaban como pudieran hacerlo en *el desierto* ó sobre las rocas.

Lasource era un hombre profundamente convencido. En su sombría imaginación había formado, como Salles y Louvet y otros espíritus meridionales y románticos, una serie de traiciones de las que eran autores Orleans, Dumouriez, Danton, los Jacobinos, los Cordeleros. Hizo públi-

ca esta fantástica creación de conspiraciones fúnebres y tenebrosas y pidió se abriera una información sobre el complot tramado para restablecer la monarquía, quejándose de la inacción del tribunal revolucionario, y finalmente, desconfiando del mismo tribunal, pidió que la Convención sometiera á sus miembros á un juicio, obligándoles á jurar que



MADAMA ROLAND (De un medallón de la época).

quien intentara restaurar la monarquía sería condenado á muerte. El tribunal prestó juramento en seguida, aplaudiendo con entusiasmo las tribunas públicas. Todo el mundo miraba á Danton.

Un girondino dijo que en el comité de defensa, Fabre, el amigo de Danton, había dicho que solo con un rey podría salvarse Francia.

«Desventurados—dijo Danton—vosotros defendisteis al rey y nos imputáis vuestro crimen!

»En el nombre de la salud pública—dice Delmas—pido que cese esta discusión, pues pudiera ser la ruina de la República. Esperemos el resultado de la información.»

Todos votaron en silencio. Danton estaba perdido. Se lanzó á la tribuna é inmediatamente, rechazando un ataque que no se le había dirigido, exigió á Cambon que certificara el empleo que él hizo de los cien mil escudos que se le asignaron para su viaje á Bélgica. Cambon demostró el honrado proceder de Danton. Esto pareció prestar alientos á Danton, devolviéndole su ascendiente.

Censuró duramente á Lasource (quien como miembro del comité sabía las cosas perfectamente) y que al asegurar que Danton había querido visitar á Dumouriez, no añadió que su deseo era que le acompañasen Guadet y Gensonné. Demostró que la conducta de Dumouriez era en absoluto opuesta á la suya. Danton quería la unión geográfica de Bélgica y Francia, y Dumouriez abogaba por su independencia. Respecto á sus relaciones con Dumouriez, recordó hábilmente lo que ya había dicho Camus. Escudado Danton tras las respetables figuras de este y de Cambon, se lanzó con vibrante energía contra la Gironda, asociándose á los odios de la Montaña y manifestando que esta le había conocido á él, á Danton, mejor que la Gironda, hacia la que él había sentido debilidad...

Esta confesión de los labios de un hombre como Danton embriagó á los montañeses, que le aplaudieron con delirio. Danton, como transportándose á otras esferas en alas del triunfo en el momento mismo en que se creyó perdido, olvidó toda prudencia: «¡Nada de tregua, gritó, ningún lazo común puede haber entre los patriotas que votaron por la muerte del rey y los cobardes que para salvarse nos calumnian á los ojos de Francia!»

Palabras imprudentes cuando todos recordaban su proposición del día 9, que caso de aprobarse hubiese sido la salvación del rey, proposición tan mal recibida por la Asamblea que no obtuvo más que un voto, el de Cambacérés.

«Pido—dice al terminar—que se examine la conducta de quienes quisieron salvar la vida del tirano, de quienes han tramado un complot contra la unidad de la patria. (Grandes aplausos). Me he atrincherado en la ciudadela de la razón; saldré de ella con el cañón de la verdad y pulverizaré á los insensatos que me han acusado.»

La burlesca violencia de esta metáfora, del gusto de la época, perfectamente calculado fué el colmo del triunfo del día. Entre las aclamaciones de los montañeses descendió Danton de la tribuna. Algunos le abrazaron llorando de alegría.

Sí—decía Marat aprovechando la emoción general—examinemos á los miembros de la Convención, á los generales, á los ministros...»

La Gironda asiente. El girondino Biroteau dice: «Tiene razón Marat. ¡Abajo la inviolabilidad!»

Se procedió á votación inmediatamente.

La Convención aprobó *sin excepción* el procesamiento de los enemigos de la libertad, cualquiera que fuese su categoría ó su representación.

Este fué uno de los deplorables resultados de la exaltación de los dos partidos y de la triste victoria de Danton. Este traspasó cruelmente los límites de su política ordinaria, sus sentimientos, su opinión.

«¡Nada de tregua! ¡Nada de paz!—dijo el 1.º de Abril. Y el día 5 añadió: «Aproximémonos. Busquemos la fraternidad.»

El comité de insurrección (los Varlet y Fournier) arrastraron á la Comuna la misma noche del 1.º de Abril, consiguiendo que esta aprobase el reparto de armas entre las secciones, de artillería inclusive. La última autoridad de París había conseguido que se distribuyeran las armas al azar, aventurando las fuerzas á un cambio cualquiera de opinión. Precisamente las secciones eran veleidosas hasta el exceso y á cada instante cambiaban de parecer y de jefe.

Los jacobinos prestaron un importante servicio. Desaprobaron la conducta de este comité anárquico. Marat, entonces presidente de los Jacobinos, ordenó que arrestasen á un individuo del comité de insurrección que penetró en el local.

Esto dió valor á todos. Muchas secciones aprobaron la conducta de Marat; el cuerpo electoral obligó á la Comuna á que desautorizara al comité insurreccional. Barere en la Convención pidió que fuesen los miembros del comité conducidos á la barra. La misma Comuna atacó á quienes había protegido la víspera.

El día 3 de Abril todo había cambiado. Dumouriez ordenó que fuesen detenidos los delegados que se le habían enviado. El mismo Dumouriez lo confiesa en una carta suya dirigida á los administradores del departamento del Norte. Dumouriez quería apoderarse de Lille.

Todo parecía perdido. ¿Qué hacer si el ejército seguía á Dumouriez tanto en la victoria como en sus crímenes? Pensar esto era cometer una injusticia contra el ejército. El ejército, dividido en cuerpos aislados, ignoraba generalmente los delitos cometidos por el general. Para arrestar á los representantes bastaron algunos húsares.

Lille afortunadamente estaba seguro.

Tres emisarios del ministro Lebrun, enviados por él para conocer las intenciones de Dumouriez, dieron instrucciones á su regreso á las autoridades de la frontera. Estos emisarios eran gente conocida, el primero sobre todo, Proly, amigo de Dumouriez, hijo natural del príncipe de Kaunitz. Los emisarios vieron á Dumouriez dos ó tres veces en Tournai penetrar en el domicilio de madama Genlis con el duque de Orleans.

Dumouriez estaba en una extraña situación de espíritu. Cedía terreno á los austriacos, retrocedía sin combatir. Ya no era francés. Per-